

# LA "CUMBRE EUROCOMUNISTA" DE MADRID

FERNANDO CLAUDIN

A la hora de escribir este comentario aún no se sabe si Adolfo Suárez, después de negarse a recibir a Santiago Carrillo como negociador, le va a poner impedimentos como anfitrión de sus "homólogos", Georges Marchais y Enrico Berlinguer. Si de alguna manera lo hiciera, cometería una arbitrariedad más, de las que tanto abundan en esta peculiar marcha hacia la democracia, o más exactamente —de inmediato— hacia una **seudodemocracia**, que es de lo que se trata, como bien dice el profesor Aranguren.

Si los demócratas cristianos, los liberales y los socialistas han podido recibir honorablemente en Madrid a sus "homólogos" europeos y éstos han tenido la posibilidad de dirigirse a la opinión pública española, ¿por qué han de ponerse trabas para que los comunistas puedan hacer lo mismo? Simplemente —arbitrariamente—, para discriminarlos y seguir jugando al "coco comunista", como ha venido haciéndose con la operación "Partido Comunista reconstituido", tan bien servida por la radio y la televisión, a conciencia de que en considerables sectores sociales lo que "queda" es lo de "Partido Comunista" asociado al GRAPO, al terrorismo, mientras que lo de "reconstituido" es para dichos sectores un dinteño sin relevancia. Se trata de operaciones electorales —como el aplazamiento, si se confirma, de la legalización del PCE, remitiendo la papeleta al Tribunal Supremo— a fin de reducir lo más posible los votos comunistas. Aunque, de entrada, no se calculan muchos. Pero por si acaso. Parecida "táctica" se sigue con los grupos situados a la izquierda del PCE.

A idénticas preocupaciones gubernamentales responderían los eventuales impedimentos a la "cumbre comunista". Impedir la reunión en sí no parece hacadero, porque habría que prohibir la entrada en el país a Marchais y a Berlinguer. Gesto poco "europeo", que prestaría un flaco servicio a Giscard y a Andreotti. Lo más probable es que las trabas consistan en no autorizar el mitin proyectado u otras formas de dirigirse ampliamente a la opinión pública española para expresar la solidaridad de los dos grandes

partidos comunistas occidentales con el PCE y, en general, con las fuerzas obreras y democráticas de España.

Esta solidaridad, como la de los partidos socialistas europeos, representa un dato importante del actual proceso político español, dado el papel que el PCF y el PCI desempeñan en sus respectivos países y el más importante aún que, según todas las probabilidades, van a tener a corto plazo. El PCI se encuentra ya de hecho en la "esfera gubernamental", y la posición que toma en cada momento es determinante para la supervivencia del Gobierno Andreotti, tanto en los problemas nacionales como internacionales. No puede desdeñarse, por tanto, su incidencia en las relaciones España-Italia o España-Comunidad Europea. En cuanto al PCF, los análisis más serios de la evolución política del vecino país consideran muy probable que el año próximo comparta las responsabilidades gubernamentales con el Partido Socialista. Sin hablar ya —pero no es más que la base de lo anterior— de su gran influencia en las masas trabajadoras de ambos países. Todo lo cual quiere decir que el apoyo solidario de los comunistas italianos y franceses es fundamental para la izquierda española, como lo es el de los socialistas europeos.

...

No se sabe si la reunión de Madrid se limitará a este aspecto, el único anunciado hasta ahora (¿por qué la discusión en la reunión preparatoria de Kanapa, Segre y Azcárate ha sido rodeada de tanto secreto?), o si incluirá otros problemas comunes que en este momento están planteados ante los tres partidos. En primer lugar, los concernientes a la elaboración teórica y la aplicación práctica de la estrategia conocida por "vía democrática al socialismo". En julio de 1975, Berlinguer, Carrillo y otros representantes del PCI y del PCE discutieron sobre estas cuestiones en Livorno, recogiendo el resultado en una declaración común. Lo mismo hicieron Berlinguer, Marchais y otros dirigentes del PCI y del PCF, reunidos en Roma en noviembre de aquel mismo año. Las declaraciones de Ro-

ma y Livorno marcan la aparición pública del "eurocomunismo", su primera formulación global común, aunque fuera dos a dos sirviendo de nexo el PCI. No es casual que el término —no inventado por los protagonistas, que al principio lo acogieron con reservas— surgiera inmediatamente después de la declaración de Roma. Pero desde entonces han ocurrido muchas cosas, tanto en la evolución política de cada país como en la situación internacional, que parecen exigir una puesta al día de los planteamientos de Roma y Livorno.

En Italia, el PCI está embarcado en una difícil experiencia, de cuyo resultado dependerá en mucho el futuro de la vía democrática al socialismo en la península apenina, con la consiguiente repercusión en los procesos de Francia y España. Todo gira en torno a la cuestión crucial de qué salida dar a la crisis global del capitalismo, tal como se concreta en Italia: con medidas que apunten a una transición hacia el socialismo o en dirección a la reestructuración capitalista. Todos los partidos coinciden en la necesidad de una po-

lítica de "austeridad". Pero para el PCI esta política debe ser "socialmente equitativa" y "servir a una política de transformación de la sociedad", lo cual exige —citamos a Berlinguer— que "no sea confiada a las leyes espontáneas que actúan en la sociedad capitalista, ni a los mecanismos de la máquina estatal tal como actualmente son". Para la derecha italiana, la cuestión esencial es utilizar la crisis no sólo para restablecer el funcionamiento "normal" del sistema de producción capitalista, sino para infligir una derrota histórica a la clase obrera y a la democracia italiana. La precaria fórmula gubernamental Andreotti expresa la fase en que la relación de fuerzas entre las dos alternativas, las dos "políticas de austeridad", es aún indecisa. Puede desembocar en una deterioración de la base social y política del Partido Comunista, que haga posible el restablecimiento del absolutismo democristiano —tal es el cálculo táctico de la derecha—, o en el paso a la colaboración abierta con la izquierda de los sectores populares de la democracia cristiana, haciendo posible el gobierno de "unión democrática" con tres componentes (comunista, socialista, democristiano) preconizado por el PCI como salida a la situación actual.

En Francia, la unión de la izquierda se verá empujada a corto plazo, si gana las elecciones legislativas del próximo año, a enfrentarse también con la crisis en términos análogos: o gestar el saneamiento del capitalismo a costa de los trabajadores, o una política de sacrificios acompañada de las transformaciones estructurales que sienten las premisas de un proceso de transición al socialismo. Tal es el contenido del Programa Común; pero habiendo sido elabora-



En Italia, el PCI está embarcado en una difícil experiencia, de cuyo resultado dependerá en mucho el futuro de la vía democrática al socialismo en la península apenina, con sus repercusiones en los procesos de Francia y España. En la foto, Enrico Berlinguer durante un mitin en Turín.

do antes de que la crisis entrase en su fase aguda, necesita ser actualizado para dar respuesta a los nuevos problemas. Aparte del problema que planteará, en la hipótesis de la victoria electoral de la izquierda, la contradicción entre un jefe de Estado de derecha y un Parlamento de izquierda.

En España, la actual hegemonía de la derecha va a persistir, salvo sorpresas —dadas las condiciones en que se celebrarán las elecciones—, en el futuro Parlamento y en los aparatos del Estado, lo que se traducirá en una acentuación de la actual política económica-social, atentatoria a los intereses de la gran mayoría y cerrada a las profundas reformas estructurales que necesita el país. Ello agravará todas las tensiones políticas y sociales. Tanto el PCE como el PSOE y demás fuerzas de izquierda, tendrán que replantearse su política en esa nueva situación a fin de agrupar y articular el bloque democrático capaz de ser una alternativa real a la derecha y abrir nuevas perspectivas al país.

Los tres procesos —italiano, francés y español—, pese a sus rasgos específicos, plantean problemas de fondo comunes, además de la influencia considerable que cada uno de ellos puede tener en los otros dos. Lo cual parece razón más que suficiente para que tanto los partidos comunistas como los socialistas de los tres países discutieran entre sí sus experiencias y proyectos. Una discusión abierta y pública, sin formalismos, de cara a las masas populares. Veremos si la "cumbre" de Madrid es un paso en esa dirección.

• • •

Otro problema común a los tres partidos que van a reunirse en

Madrid, elemento esencial de la vía democrática al socialismo pero con entidad propia, es el de las relaciones entre esos partidos y los partido-estados del Este. Desde las reuniones de Roma y Livorno, y sobre todo desde la Conferencia de Berlín (junio de 1976) de los partidos comunistas europeos del Este y del Oeste, donde se enfrentaron abiertamente los eurocomunistas con los partidos del bloque soviético, el foso que los separa ha ido ahondándose continuamente. Los eurocomunistas han arremetido en sus denuncias y críticas de la represión en los regímenes del Este contra todos los que allí exigen democracia, libertad y justicia social. Es decir: socialismo. Y la crítica de los eurocomunistas comienza a extenderse de los efectos del sistema a sus causas. Pero en este segundo aspecto aún están en retraso respecto a la crítica marxista de los regímenes del Este exterior a los partidos comunistas.

El eurocomunismo se encuentra ante un fenómeno nuevo, de gran alcance histórico para el futuro de la lucha por el socialismo a escala mundial. Me refiero a que la contestación en los países del Este contra la dictadura burocrática, contra la nueva clase dominante, está dejando atrás una larga etapa de dispersión y atomización, jalonada de explosiones efímeras, y comienza a constituirse en movimiento organizado, cada vez más amplio, que trata de investigar la naturaleza y los mecanismos del sistema para elaborar estrategias y tácticas eficaces de lucha por su transformación socialista. En Polonia, la oposición intelectual, con su Comité de Defensa de los Trabajadores, se ha articulado orgánicamente con la oposición obrera. La acción unida de ambas ha obligado ya a las autoridades a retro-

ceder en algunos aspectos de su política económica y represiva. La Carta 77 en Checoslovaquia se está relevando como un movimiento que expresa los arraigados sentimientos democráticos y la dignidad nacional de un pueblo que no se resigna a vivir bajo el dictado del ocupante. En la URSS, la forma más amplia de la oposición es el movimiento por los derechos del hombre, con el centro que funciona en Moscú, bajo la dirección de Sajarov, y varios centros en el exilio. Pero al mismo tiempo comienza a organizarse un movimiento netamente democrático y socialista, encabezado en el exilio por marxistas como Pliuch y Bieloherkovski, y en el interior por Grigorenko y otros. Movimientos análogos actúan en los demás países del Este. La reivindicación de los "derechos del hombre", de las libertades de reunión, asociación, expresión, circulación de las personas e informaciones en el interior de cada país y con el extranjero; de la inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, del derecho de huelga, etcétera, figura como elemento central y común a todos esos movimientos. Allí, como bajo el capitalismo, la lucha por el socialismo se identifica con la lucha por la democracia.

Las direcciones de los partido-estados del Este revelan creciente inquietud ante esta oleada contestataria, recurriendo contra ella a los viejos métodos estalinianos de represión y calumnia. Por su parte, el imperialismo americano y sus satélites tratan, como es lógico, de aprovechar la contestación en el Este como factor de presión en sus negociaciones militares y económicas con Moscú, y para acreditarse además ante sus respectivos pueblos y ante la opinión mundial como defensores de los "derechos humanos". Pero no es

esto lo que inquieta principalmente a los dirigentes de Moscú, que conocen muy bien el carácter puramente especulativo de esas actitudes —ni Washington ni ninguna de las capitales occidentales movió un dedo ante la invasión de Checoslovaquia—. Les viene además como anillo al dedo para acusar de "agentes del imperialismo" a los contestatarios y a los que se solidarizan con ellos en Occidente. Lo que les inquieta, sobre todo, es que la oposición socialista y democrática del Este busca el apoyo de los partidos comunistas y socialistas europeos, del movimiento obrero occidental, y lo obtiene cada vez más, aunque todavía no en la medida necesaria. Dárselo en mayor escala y de modo coordinado no sólo es un deber moral, sino un imperativo de la lucha por el socialismo. Porque esta lucha carecerá de perspectivas sólidas a escala mundial —y sólo a escala mundial puede abrirse paso el socialismo— mientras los pueblos del Este, donde el capitalismo privado ha sido liquidado ya, no se pongan en movimiento para liquidar ese nuevo sistema de clases dominantes y dominadas, de asfixia de la libertad, que lo ha reemplazado.

La "cumbre" de Madrid, al celebrarse en un momento en que la contestación y la represión en el Este se encuentran en el primer plano de la actualidad internacional, es una excelente ocasión para que los tres principales partidos del eurocomunismo hagan oír su voz conjunta. Si para ellos —como declaran—, socialismo, libertad y democracia son consustanciales, sería extraño que no aprovecharan su encuentro para denunciar una situación que compromete la causa del socialismo al ser la negación misma de la libertad y la democracia.



En España, la actual hegemonía de la derecha va a persistir seguramente, dadas las condiciones en que se celebrarán las elecciones, lo que agravará las tensiones políticas y sociales y obligará al PCE y otras fuerzas de la izquierda a replantearse su política. Carrillo con Honecker, en Berlín Este.



En Francia, la Unión de la Izquierda puede verse también obligada a optar entre el saneamiento del capitalismo a costa de los trabajadores o una política de sacrificios acompañada de transformaciones estructurales para la transición al socialismo. Sobre estas líneas, Georges Marchais y Jean Kanapa.